La suerte de Vejer

Begoña Curiel

La suerte de Vejer

Begoña Curiel

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2023
©Begoña Curiel, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-29-9
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-30846-2023

—A los vejeriegos de corazón. Gracias.
—A Juan Manzorro. Te espero en tu Rincón de Vejer.

CAPÍTULO 1

Me llamo Juan Relinque, nací en Vejer de la Frontera y llevo muerto más de cinco siglos. Dicen que fui un héroe y, cierto o no, es ahora cuando deseo contar la verdad, al menos la que conozco porque es la única que poseo. Demasiado han callado ya mis huesos sepultados bajo la iglesia del Divino Salvador, cansados de reposo tras una existencia enfrentada al poder. Por este limbo vagué sin voz hasta que la ansiedad ha decidido ahora romper las mordazas impuestas en la tierra de los vivos.

Digo adiós a esta ridícula condena de silencio infligida por mi propia conciencia y grandes dosis de remordimiento. Pero ya no hay rastro de miedo, sino memoria acumulada por la bruma del tiempo. Algo que no sabría definir empuja y golpea con los nudillos desde el otro lado de la puerta. Sea o no la razón de este extraño despertar, ¿para qué callar más tiempo? A estas alturas si abre alguna herida este relato, ¿a quién debo rendir cuentas? El reposo de los recuerdos guarda demasiado polvo. Es hora de limpiar y liberarlos.

Puede que la única reacción a estas palabras sea la indiferencia del hombre del siglo XXI, porque soy un muerto demasiado viejo. Sea como fuere, creo haber cumplido de sobra con la prudencia exigida al buen samaritano. Espero que el cielo me haya perdonado los errores y el pecado de la arrogancia que excusé con los ardores de la juventud.

La lucha marcó mi camino; sólo así paliaba la rabia por la injusticia que campaba a sus anchas en mi pueblo y contra los míos. No pretendo expiar culpas, que no las niego, ni justifico lo que el Altísimo tenga a bien reprobar. Ante todo, me mueve el arrepentimiento por el daño causado a

quienes más quise. Primero de forma inconsciente, después ya había demasiado en juego. Continué en línea recta sin ceder en mis pretensiones. Quemaba dentro la pasión que no reflexiona, ajena a las consecuencias. Al llegar el momento de partir a este reino de los muertos, comprobé que era tarde. Arrasó el tormento del aislamiento eterno aplastado por la nostalgia de las horas robadas a los que amé. Menos mal que la reflexión y la enmienda caben en este espacio más de lo que puedan imaginarse.

El 22 de diciembre de 2016 alzaron en la calle Corredera de Vejer de la Frontera una estatua en mi nombre antes de celebrarse un nuevo sorteo de las Hazas de Suerte, las tierras que peleamos a muerte. Aunque ningún arma segara mi vida, pagué la condena del superviviente; hay mil maneras de acabar con el enemigo y doy fe de que emplearon bien las suyas para borrar del mapa a este osado que reclamaba el patrimonio legítimo del pueblo.

Aunque un abismo separe mi época de la suya, las hazas sobreviven. Calladas y en paz. Pero tuvimos que sacar las uñas, morder a los ladrones del ducado de Medina Sidonia, hacerles entender que eran y serían para siempre propiedad del común de los vecinos. Nadie tenía ni tendrá derecho a apropiarse de ellas porque pertenecen al pueblo.

Me opuse a los desafueros contra el vejeriego honrado y de buen proceder, víctima de continuas tropelías a manos de los titulares de la casa ducal, empeñados en sacarnos de nuestras tierras. La mayoría desconocíamos la forma de sus rostros, y sin embargo cuán cerca estaban. Sus esbirros cumplían órdenes a punta de látigo sobre espaldas y hogares, pero colmaron nuestra paciencia y afortunadamente la ira superó al miedo. Sorprendimos al amo, incapaz de entender la rebeldía del siervo.

Contaba en mis filas con la mejor de las suertes: amigos, vecinos y familia, valientes de la historia apilados en fosas de olvido, el lugar donde mejor se apagan las voces. Es hora de honrarlos. Ojalá reciban algún día una mínima parte de lo que entregaron a Vejer. Hicieron justicia de la grande, esa hermosa palabra que ensucian los habilidosos del verbo en su propio beneficio. Seguro que me entienden; sé que ustedes también sufren los discursos de lenguas infames. Funcionan sin fecha. No hacen falta Hazas de Suerte ni Medievo. Que los tiempos pasan, pero la codicia y la ruindad no descansan.

Los sucesivos señores de Vejer nos arrebataban la tierra, sin vergüenza alguna, pero les estalló encima la calentura de los vecinos. La cólera sobrepasaba el tamaño del oponente y era lógico. Las tierras

constituían la única posesión del vejeriego llano desde que fuesen avaladas por orden real.

Las tropas de Fernando III el Santo emprendieron en 1250 la conquista para expulsar a los moros, y la ubicación de la villa era una joya a controlar. El dominio de Vejer y las villas en los alrededores resultaba imprescindible para atajar potenciales asedios en el territorio cercano al estrecho de Gibraltar. No fue tarea fácil. Las revueltas fueron intensas hasta que el asentamiento de cristianos se convirtió en realidad.

Los privilegios fiscales en las tierras otorgadas después por Sancho IV devolvieron el esfuerzo a quienes batallaron con ellas por bandera. Hombres de familias humildes, con poco más que ropas harapientas y el estómago vacío, acudieron desde lugares lejanos a la llamada del trueque: sangre por tierra. En la mente de los primeros pobladores se grabó a hierro el sentimiento de pertenencia a aquel rincón donde encontraron una oportunidad. Poco importó a los tunantes del ducado de Medina Sidonia que la recompensa contase con el aval de la Corona, al que hicieron caso omiso valiéndose de la distancia física con el centro del poder.

No sé si fui osado, irresponsable, temerario o todo a la vez, pero en el pecho mandaban insumisión y rabia. Mucha rabia. Perdona, querida Leonor, pero no pude ni quise rendirme. Claudicar no era una opción cuando el caos exigía respuestas contundentes. Reprobaste mil veces mi actitud. No te faltaba razón ante mi inconsciencia, cómo dolían tus lamentos. La tensión de permanecer en primera línea dejaba exhausto el ánimo. No pude reconocer entonces la dimensión de la heroína que tenía a mi lado. Soportaste con entereza el acoso al que fuiste sometida. He sido indulgente con la mayoría de los que trataron de destruirme, pero seguramente seré pecador en la eternidad; necesitaré los siglos que tarde el universo en extinguirse para perdonar, si es que puedo, el sufrimiento que te causaron, Leonor.

Soy culpable de tu dolor, de mantener mi fe por encima de tus necesidades en la pelea contra los representantes del duque. No es que el poderoso careciese de culpa —ni mucho menos—, pero repugnan las marionetas de mano obediente que no preguntan ni miran atrás por llenar la saca o conseguir otro tipo de prebendas. En este limbo que habito, aún corroe el abandono al que te condené cuando murió la pequeña Catalina, el maravilloso regalo que la divina voluntad nos dejó en la puerta de casa. No merezco indulgencia por más rodillas que clave en el suelo. Aún se encoge el estómago imaginándote sola, abandonada en la pena, con la criatura muerta en tu regazo mientras guerreaba loco en mis batallas.

Agradezco con antelación la paciencia que habrán de poner —sí, me dirijo a ustedes— por la vehemencia en mis palabras. Suena ridículo, pero, créanme, los sentidos no mueren con el cuerpo. Pido perdón también por los posibles errores en el discurso. Resulta complicado —pese a los años de aprendizaje en la escucha— expresarse con lenguaje del siglo XXI para quien vivió más de quinientos años antes. Prometo esforzarme, amoldar las letras a sus expresiones, acercarme a su manera de estar en el mundo para que fluya este paseo desde mi nacimiento allá por 1500.

Cincuenta y cuatro años duró el recorrido. Dieron para mucho, aunque parezcan pocos. Entonces, el Señor convocaba con urgencia al recién nacido sin agallas y le importaban poco las señales de un futuro prometedor. Daba igual la cuna del rico o la del pobre. Casi anciano se consideraba al que superase el medio siglo sobre la tierra.

No tengo quejas en este sentido, todo lo contrario. Aun con desventuras y malos recuerdos, el destino fue generoso conmigo por infinitas razones. Mis padres eran gente de bien. Tuve el amor de la mejor de las hembras. Aprendí a leer y a escribir; un privilegio negado en los arrabales. Conocí la lealtad de amigos que arriesgaron el pellejo a mi lado. Litigué contra la poderosa Casa Ducal de Medina Sidonia ante la Real Chancillería de Granada pese a mi título de don nadie, que sólo residió en palacio en calidad de criado. Di los primeros pasos en la villa más bonita del mundo, rodeado de gente maravillosa. Recibí más amor del merecido hasta el último de los estertores. Dejé de respirar con el orgullo de la fidelidad a mis principios, acompañado de la caricia de Leonor y de la nobleza de Ambrosio Hernández, amigo y escribano que pasó el trago de redactar mi testamento.

En eso consiste la fortuna y, ya ven, no valoré la dimensión de semejante tesoro ante mis narices. Se lo dice un experto en el transcurrir de siglos; solemos ver las cosas demasiado tarde. En eso nada ha cambiado, ¿no creen? No saben cuánto me gustaría conocer su opinión. Ahora sólo aspiro a que acompañen a esta garganta rajada y a los pasos de un hombre corriente por la tierra de la que soy devoto. Ella y Leonor son la única religión del Juan Relinque abatido a tramos por el desaliento. Sentir la persecución constante en la espalda resulta agotador. Y, sin embargo, todo mereció la pena. Sin duda.

No salgo de mi asombro desde que —no sabría concretar fechas— algunas voces se alzaran defendiendo un título de héroe en el que no me reconozco. Impresiona contemplar mi rostro grabado en una escultura, escuchar los discursos y homenajes que brindan a este pegujalero de *Bejer*,

que ya se escribe con *uve*. Lo mismo da, igual de hermoso suena: Vejer de la Frontera. No me canso de pronunciarlo en alto.

El 13 de mayo de 2017 vino gente importante al pueblo. Les llaman *defensores del pueblo*; figura que recuerda a la de *síndico procurador*, que representé en nombre de los intereses vecinales. No fue iniciativa propia, sino un ejercicio de responsabilidad que hube de conciliar con el miedo a defraudar a los vecinos. Por no hablar de la presión que implicaba ser diana de forma pública y oficial. Pero, a aquellas alturas, ser objeto de amenazas era prácticamente mi forma de vida.

Qué diferente resulta comparado con la naturalidad con la que hoy se pronuncia y desarrolla tal función. Aquellos señores desembarcaron en riada en Vejer, con trajes de chaqueta y corbata que tanto me admiran. Río pensando en los paños sobrepasados de zurcidos que apenas nos cubrían el cuerpo. Contaron los periodistas que con aquel acto solemne pretendían conmemorar «mi hazaña» frente a la nobleza.

No quiero ser desagradecido, pero ¿no es demasiado nombre para definir lo que hice? Hazaña. Suena tan grandilocuente… Sólo criticaba lo evidente y pedía justicia frente a los injustos, fueran nobles, gente con poder o aprovechados de poca monta. Llámenles como quieran, al final son demonios que aplastan cabezas porque las consideran inferiores. Los vecinos dijimos que no al yugo. La plebe, ¡y a mucha honra!, se cansó. Salió del aturdimiento y aulló: «Venid, que aquí estamos». A todos guardo dentro de mi estatua, aunque sólo dibuje mi rostro y mi cuerpo.

Las crónicas de aquella jornada dijeron cosas preciosas, aunque es duro aceptar que tanto padecimiento se pueda concentrar en un simple texto. Harían falta tomos, pero asumo la realidad contenida en esos aparatos suyos, los ordenadores plagados de carpetas con resúmenes e informes fríos que caducan al día siguiente y vuelan apresurados con el golpeteo de una tecla. Qué cruel y sin embargo qué fascinante universo el suyo con la magia de internet, donde se diluyen fronteras y orillas lejanas entre océanos y mares. Válgame Dios, ¡si pasábamos semanas plagadas de calamidades hasta alcanzar Granada! ¡Como si fuera el confín del mundo!

En aquella hermosa ciudad me sentía más diminuto de lo que era, acompañado de hombres cultos y modales elegantes. No porque de ello alardearan, sino porque era consciente de cuál era mi sitio: a la sombra de sus pasos y con la boca cerrada porque ignoraba todo de aquel laberinto del pleito. Apostamos por la maraña judicial a sabiendas de los peligros que entrañaría tal atrevimiento, sobrecogidos por los rituales y la escenografía del séquito de procuradores y jueces que pululaba por

la chancillería. Me sentía patético por el origen llano que revelaban mis prendas y maneras.

Decenas de pergaminos con testimonios avalaron ante el tribunal la demanda contra el duque; un proceso repleto de trámites y disquisiciones verbales en los que me perdía, como si aquellas personas pertenecieran a una galaxia lejana. Pero a paso lento se gestó una brecha que me sobrevivió. Mientras los gusanos se daban un festín con mis huesos, la demanda proseguía su marcha.

Nos pusieron piedras para agotarnos entre montañas de papeles. Pero, una vez metidos hasta el fondo, no iba a permitir que el duque y quienes le sucedieran se salieran con la suya. Ni en la más increíble de las fantasías me hubiera imaginado en un escenario tan desconcertante, por mucha fe y voluntad que tuviera.

Crecí entre bendiciones al Todopoderoso. Alejarse de creencias insufladas en el hogar se consideraba una extrema rareza. De hecho, ni se planteaba esa hipótesis en los lugares comunes de un pegujalero. Fui educado en el miedo al infierno, la condena para el pecador que poco más que la plegaria y el perdón posee para redimirse. Pero ¿qué hacer cuando la Divina Providencia desatiende a quien la merece? Ese tipo de preguntas no debían aparecer por tu cabeza, más valía esconderlas.

Nunca fui buen alumno para las normas, estuvieran o no escritas. Menos aguantaba aún las preguntas sin respuesta, por más que en casa se contestaba a bofetadas la impertinencia. No es que no doliesen, pero más molestaba no saber. Según avanzaban la edad y los acontecimientos, las dudas espirituales quedaron en segundo plano. Dejé de venerar altares indiferentes a las almas que terminan siendo víctimas por costumbre.

La Iglesia abona con inteligencia su terreno desde el principio de los tiempos. Siembra pánico en el rebaño para que descarte la senda equivocada. Los púlpitos advierten del castigo a la oveja negra de maneras rebeldes, en los templos donde se fabrica el terror que dobla el cuello a los fieles que en ellos se refugian.

Las dudas desasosegaban en el camastro a solas con Dios; de adolescente sentía ya perder su luz. Cuando la rebelión tomaba cuerpo, había dejado de seguir el rastro del poderoso que dicen que habita aquí arriba —no adelantaré acontecimientos…—. Si madre deseaba rezarle con devoción hasta el final de sus días, nada tenía que decir, pero me aparté de tales obligaciones porque no me interesaba el color de las ovejas o el redil que eligieran, sino la motivación de sus acciones.

La ofuscación por el continuo pillaje en las hazas y nuestros derechos ya decidió por mí. Estaba claro que santiguarse con gesto sentido y esperar una señal de los cielos era para ingenuos y cínicos. Los agravios cometidos contra la población no daban descanso; dejé de medir el abismo que aumentaba entre Él y yo, aunque tuviera la costumbre de rozar el crucifijo colgado en el pecho.

Lo ocurrido con el noveno del vino colmó mi paciencia. ¿Han escuchado alguna vez esa voz interior que susurra «hasta aquí he llegado»? Puede que la escuchara demasiado pronto, pero aquel capítulo marcó un antes y un después. No me paré a reflexionar; no pude quedarme de brazos cruzados.

El noveno del vino era uno de los tributos más rentables. Engordaba con desfachatez las arcas de la casa ducal, aunque los vejeriegos quedáramos exentos de dicho pago por ser, entre otros, parte de los privilegios concedidos por la Corona a los vecinos de la villa. Con viento fresco —así dicen ustedes, ¿no?— mandé al recaudador Alonso Martín cuando aporreó mi puerta reclamando el cobro.

—Sepa, señor Relinque, que el impago supondrá la correspondiente denuncia —advirtió irritado.

—Seguro que sabe usted también el camino de vuelta a su casa —espeté sin bajar la mirada y con el índice posado en su pecho.

Se revolvió furioso antes de amenazarme.

—Le pongo en conocimiento de que esto tendrá consecuencias.

—Sé cuál es su encomienda, pero como hombre de orden también debería tener conocimiento de que el vejeriego no está obligado a pagar el noveno del vino. Ni ese ni tantos con los que se mata de hambre a la gente.

Nada en particular tenía contra Alonso Martín hasta que su cometido se cruzó conmigo. Estaba ciego de cólera porque el hartazgo de los vecinos era infinito; la mayoría pagaba a diario la avaricia de unos pocos, los de siempre. Lancé el órdago a la sombra alargada de los Guzmanes. Acababa de sentenciar mi existencia y la de los míos. Las intimidaciones al pegujalero se respiraban junto a la rutina. Es difícil concretar cuándo prendió la mecha en los arrabales de extramuros, pero el incendio no fue cuestión de un día, porque los abusos comenzaron cuando el señorío de Vejer recayó en los Guzmanes, dueños de la casa ducal de Medina Sidonia.

Fue Fernando IV quien concedió a Alfonso Pérez de Guzmán la jurisdicción sobre la villa y término de Vejer, pero con la condición de que

se respetasen heredamientos, privilegios y franquezas de los pobladores del territorio, que resultaron beneficiarios de los repartimientos de tierra iniciados en 1288 y que tuvieron segundas partes en años sucesivos por mandato real. Como contrapartida, la Corona establecía la obligatoriedad del asentamiento en la villa y la prestación de auxilio por parte de los avecindados ante posibles ataques moriscos.

La orden real delegaba en el Concejo de Vejer y sus regentes locales la facultad de repartir los heredamientos. Por ejemplo, en 1293, según cuentan las crónicas, fue el alcalde Hernán Guillén el encargado de la distribución de tierras entre un total de ciento cincuenta vecinos, en la que, por supuesto, se diferenciaba la categoría social de la militar.

De poco sirvió que el mandato partiera de la Corona. Las complejas comunicaciones y la vastedad de los territorios facilitaban los incumplimientos. Los centros de decisión estaban alejados del lugar donde se debían acatar las órdenes. Los abusos se hicieron patentes a partir del siglo XIV, cuando llegaron a arrendarse tierras en lotes pertenecientes al común de los vecinos. ¡A sus legítimos propietarios!

Desde pequeño escuché hablar de aquellos desmanes que se extendieron más allá de Vejer, en otros enclaves que se beneficiaron de la entrega de tierras, con el avance de los hombres del rey castellano que afianzaba la bandera de la victoria. Conocí esta parte de la historia, aunque mi curiosidad no encontrase demasiadas respuestas; de estos asuntos poco se hablaba en casa humilde. Yo sólo puedo contar con certeza lo que después vieron mis ojos. Se me escapaban los detalles de cuitas anteriores en lugares desconocidos, lejos de mi reducido universo vejeriego. Sus límites terminaban con la mirada perdida a las estrellas y la vista en lontananza a las hazas de tierra. Pasaron años hasta que pude traspasar fronteras personales y físicas.

Necesitaba descifrar interrogantes. Por desgracia para mis padres, siempre tuve la mala costumbre de querer saber demasiado. Hubiera sido mejor desentenderse y aprovechar el breve descanso que permitían las obligaciones, pero ¿cómo resistirse a la esencia de uno mismo, a la inquietud que nunca otorga calma?

Resultaba imposible hacer oídos sordos a las barbaridades cometidas por los secuaces del duque. No sólo hicieron caso omiso a los privilegios locales, sino que se jactaban de sus robos y tropelías, revolviendo todavía más el ánimo del pueblo para después apagarlo a la fuerza. No estaban acostumbrados a las quejas, una mirada de frente, los gritos más altos que los suyos.

La figura de síndico procurador era más simbólica que operativa, pero no desperdicié la ocasión de aplicar la segunda parte. Creía en la ley y la verdad. Asumí ese cargo en 1535 gracias a los poderes otorgados por mis paisanos; meses después la espiral de rabia se tornó imparable con la demanda presentada ante la Real Chancillería de Granada contra el duque de Medina Sidonia. Lo siento, Leonor… Alguien tenía que hacerlo.

No perseguía la gloria como algunos me reprocharon; con tal recompensa podía perder la cabeza de forma literal, pero asumido el riesgo seguí adelante convencido de que la indignación de nada valdría de no cristalizar en acciones concretas. Además, el plan del pleito judicial exigía una persona que supiera leer y escribir: una rareza en medio de los arrabales donde crecimos, pero las excepciones por eso lo son. Suscribí el compromiso pese al peligro de tal decisión. Puede que pecara de pretencioso, pero les aseguro que, aunque perdiera el sueño, la tozudez se impuso a la prudencia. Ese fue mi mayor delito.

Puede que servir como mozo de espuelas de Tebedeo Vázquez allanase el terreno. En su entorno aprendí en primera línea cómo se gesta la ambición malsana y medra el poderoso moviendo los hilos. Su carrera culminó con premio por los servicios prestados al duque: la regencia de la villa. Para entonces yo ya sabía demasiado. Antes cepillé su montura y limpié las caballerizas, mientras atendía sus caprichos y esquivaba su mano, aficionada al golpe fácil y a la humillación. Estaba en el lado perdedor, pero en su casa aprendí… casi todo.

Dos años duró esa escuela, una parada entre mis ocupaciones como labriego y cantero. La suma de tareas hizo músculo en el sendero que después recorrí sin vuelta atrás. ¿Me envanecí? ¿Enloquecí como criticaban algunos? Dejé de buscar respuestas porque no podía dejar en la estacada a los vejeriegos y a mi familia.

Entre charlas de zaguán y las que escuchaba al caer la noche, oía a mi padre, Diego, lamentarse por el destino de mi abuelo, con tendencia —comentaba madre— a encenderse con rapidez. Ese era su miedo: nos parecíamos demasiado y en casa prohibió nombrarlo como un apestado que debía quedar relegado al olvido. Desgraciadamente, de poco sirvió a padre.

Se significaba con protestas a voz en grito cuando, a mediados del siglo XV, el duque Enrique de Guzmán arrasaba con las usurpaciones, arrendando las tierras comunales de Vejer. Bramaba contra aquella indecencia, según he sabido pasado el tiempo, sin importarle quién escuchara; lo tachaban de loco quienes se escandalizaban por su tono y los excesos

con el vino mientras bufaba por los atropellos en las extensiones de cultivo, bosques y zonas de pasto que surtían de leña al pueblo y alimentaban al ganado. La supervivencia de los animales era una cuestión fundamental; tanto valor o más que el ser humano poseían borricos, mulas o cualquier buey, indispensables para la labranza.

Me resistía a que los míos amanecieran un día sin tierras donde trabajar. Alguien tenía que levantarse frente a aquella amenaza. Te tocó a ti, Leonor, penar por mis batallas y caer conmigo, aunque me sobrevivieras. Recuerdo tus lágrimas en el lecho de muerte sintiéndome un miserable. A mi vera estuviste hasta el suspiro final. No serán suficientes los siglos de condena para pagarlo porque no supe estar a tu altura. Todas las estatuas y homenajes que rindan a mi persona se quedan pequeños a tu lado. Fuiste mi pedestal. La mujer más valiente del mundo.

CAPÍTULO 2

¿Es normal enamorarse de un muerto con cinco siglos más que tú? Surrealista o no, es posible. El flechazo surgió en la reunión preparatoria de los reportajes de cada semana, aunque *mi amante* quedara eclipsado al principio, cuando salió a relucir un lugar que siempre me intrigó.

—Hay un pueblo en Cádiz, Vejer de la Frontera, que sortea sus tierras cada cuatro años coincidiendo con el día de la lotería nacional. Las llaman Hazas de Suerte. Un tal Juan Relinque, que no debía de ser nadie importante, peleó en los tribunales en el siglo XVI por la titularidad comunal de las tierras del pueblo. Sentó en el banquillo nada más y nada menos que a los duques de Medina Sidonia. Menudo loco, ¿no? —Sonrió—. ¿Algún voluntario?

Juan Carlos, mi jefe, soltó aquella bomba unas semanas antes de Navidad. Se activó un resorte que levantó mi mano de forma automática. Sabía que Vejer era uno de esos pueblos que encandila al visitante en la ruta de los pueblos blancos de Cádiz, pero de pequeña me obligaron a olvidarlo sin haberlo pisado.

—Gracias, Idoia. El tema tiene buena pinta. Echa un vistazo y ponte a tope con esto porque queda nada para el sorteo, ¿de acuerdo?

—¿Cómo dices que se llamaba ese tipo? ¿Juan qué?

Miró los apuntes en su libreta y confirmó:

—Relinque.

Asentí con el pulgar; Juan Carlos pronunció su habitual «seguimos» y desconecté del resto de la reunión. Mi estómago empezaba a removerse, pero con el jefe no había marcha atrás. Solía bombardear con datos

y pasaba página a velocidad de vértigo, como el profesor que pilla a traición al despistado y prosigue el discurso sin opción a preguntas.

Finiquitada la reunión, los compañeros se levantaron, pero seguí clavada en el asiento, rumiando el asunto del trío compuesto por Vejer, Hazas de Suerte y Relinque. Pensaba también cómo rellenar la maleta porque los caprichos del sol gaditano dan alegrías incluso en pleno diciembre. Así que tendría que mezclar prendas de abrigo con alguna un poco más ligera. Con la tontería del equipaje esquivaba el pensamiento y los misterios de mi tía Lola a lo largo de su vida. Mis padres fallecieron en un accidente cuando estaban a punto de llegar a su pueblo natal, Vejer.

En casa estaba prohibido mencionarlo, pero, si surgía por azar, Lola cambiaba de tema, ponía cara de póker antes de añadir «deja ese maldito pueblo». La cuestión dejó de intrigarme, cansada de insistir con los porqués de la infancia. Ganó el aburrimiento a la curiosidad; además, comprendía que asociara a Vejer con el trágico accidente de mis padres. Cómo olvidar su lamento: «Dios mío, y con toda la vida por delante».

Comprendía la tristeza, pero ¿a qué venía el gesto retorcido junto con ese «maldito»? Intuía una herida profunda y no quería hurgar en su dolor, aunque los muertos fuesen mis padres y no tuviera recuerdos para llorarlos. Sólo una fotografía de boda en blanco y negro en el taquillón de la entrada. Como si fueran santos, me acostumbró a darle besitos a la imagen hasta que debió cambiar de opinión, porque una mañana desapareció de allí. «No sé, se habrá perdido», contestaba cuando preguntaba por aquella ausencia. La pobre creía que a un niño se le contenta sin más. Hacía expediciones clandestinas a su habitación para sacarla de la mesilla donde ocultaba el supuesto secreto. Aunque regalase ternura, era ella quien las inspiraba con su mentirijilla. Además, me sentía tan mayor entonces por descubrir el escondite…

Qué excitantes son los juegos silenciosos entre adultos y niños. Los pequeños fraudes aliñan la infancia de maravilla, y gracias a Lola disfruté toda su parte dulce porque entregaba amor como si le sobrara. Sólo dejaba de ser ella cuando asomaba Vejer en el ambiente. «El pasado, pasado está, y punto», cortaba de cuajo. Pero Juan Carlos me trajo el pueblo, consiguió borrar la nebulosa que lo envolvía. Así que «se acabó», le dije a Lola.

No he dejado de hablar con ella tras su muerte. Cada vez menos, es verdad, pero la escuché durante años con el beso de buenas noches. Daba igual que *su* Idoia rozase los cuarenta; el día sólo terminaba con su «hasta mañana, cariño, felices sueños».

Guardaba esos instantes bajo llave en el corazón, salvo para Karmele, inmune a mis fantasías. Corrí aterrorizada a contárselo la primera vez que sentí a mi tía muerta. Entiendo el consuelo que reportan estas llamadas a determinadas personas, pero una cosa es un momentito y otra que te condicionen para los restos.

—Alto y claro, te juro que la he oído como ahora a ti.

Me molestó la risotada de Karmele, pero el cabreo se pasó cuando me dio un abrazo.

—Normal, tontita, eso es maravilloso. Vive contigo.

Cuánto me fastidia, porque la puñetera se equivoca pocas veces. Por supuesto, empecé a esperar encantada con la luz encendida a Lola. Fue padre y madre, la familia completa concentrada en una sola persona. Con ella no eché de menos a nadie hasta que… se marchó. Su abrazo estaba de guardia siempre cuando lloraba porque quería tener un padre. De haberla buscado bajo las piedras no habría encontrado mejor sustituta, pero el cáncer la venció en un suspiro y me dejó huérfana por segunda vez.

Vagabundeaba en la calle desde primera hora y al regresar derrotada del trabajo la encontraba con una sonrisa tras la puerta: la cena lista, una toalla doblada con primor en la ducha y los oídos preparados para mi rosario de quejas. De dónde sacaría aguante la pobre, para la perorata repetida. Era más santa que madre. Matan ausencias como la suya, pero conseguí no morir de pena con Karmele y su madre de muleta, y además soy afortunada en amores, que eso son las amistades buenas. Las de verdad.

Rebobiné a mil por hora escenas de mi película del pasado con el zumbido de fondo en la redacción. La cháchara de los compañeros se evaporaba alrededor del ordenador donde buscaba, frenética, fotografías de Vejer en la impresionante colina que lo aúpa a doscientos metros sobre el nivel del mar, junto al río Barbate. Antes había hecho incursiones por internet en el pueblecito, pero saber que pronto lo pisaría de verdad no tenía precio.

Empecé a calentar motores que conozco de sobra: la maravillosa excitación previa a una historia prometedora. Entonces no me detuve demasiado en el tal Relinque, cautivada por el asunto de las Hazas de Suerte que se sorteaban.

Ignoraba el vergel donde acabaría, pero me bebí las siguientes cuarenta y ocho horas quemando la vista en la tarea de documentación entre decenas de páginas y noticias pendientes de lectura. Arrancaba la investigación que robaría sueño a mis neuronas y les grabaría a hierro

el nombre de Juan Relinque. No podía estar más muerto y empezaba a divertirme la idea de resucitarle.

Llevaba tres años trabajando como redactora en *¿Qué fue de?*, uno de los programas que la productora Masallá emitía cada semana en SURESTV. En medio del funeral de medios de comunicación y el sacrificio de cientos de magníficos periodistas, nuestros reportajes hundían en el sofá a los fieles cada noche del viernes. La audiencia devoró los primeros cuatro programas y las cifras pusieron del revés los ojos de la dirección de la productora. Estaban estupefactos con el éxito.

La campaña de promoción del programa había sido potente, pero los bombardeos mediáticos no garantizan público por más contenido de calidad que venda la tarjeta de presentación. Todo está inventado en una maquinaria que nadie sabe a ciencia cierta cómo rueda, porque a veces no funcionan los sondeos previos al espectador. Esta esclavitud quiebra al más entusiasta en el universo de los optimistas; hay que lidiar con la interminable oferta televisiva que da piruetas para arañar seguidores. Así que, como es obvio, los jefes se quemaron las manos aplaudiendo ante el brutal porcentaje de audiencia, encantada con un formato periodístico que hurgaba en el pasado hasta convertirlo en actualidad.

La suerte tocó a mi puerta en plena etapa de hastío tras veinte años de tumbos con contratos precarios —si había firma de por medio, claro— por medios locales y colaboraciones esporádicas que se traducían en el malvivir y un no-llegar-a-fin-de-mes. Las cotas de hartazgo superaban lo imaginable, con la moral enterrada por debajo del centro de la tierra y el subidón del principiante, olvidado junto al primer chupete. La memoria se burlaba de las antiguas quimeras cuando fantaseaba por la Facultad de Ciencias de la Información de Leioa, en el campus de la Universidad del País Vasco.

No sé si reírme o llorar ante la orla universitaria en la que luzco melena larga y cara de pardilla. Lola babeaba orgullosa ante la victoria de su sobrina universitaria, y de paso la suya, porque le encantaba repetir que nuestros ojos, mezclados de verde y marrón, eran igualitos. Qué ilusión le hacía a la pobre y qué vergüenza me daba aquel cuadro. Menos mal que acabó colgado en su habitación. «Aquí queda mejor»; fue otra mentirijilla de las piadosas. Así que dejé de cruzarme con la pipiola de veintitrés años que ni por asomo se olía el chasco de mi futuro profesional.

Enternecía Lola con la fe impresa en la mirada y la ceguera del que ama sin atenerse a razones. Encontraba belleza donde yo sólo veía fracaso y la ilusión en la basura que evidenciaba la frustración tras la carrera.